el pueblo á la resuelta voluntad del monarca, si bien deploraba la fatal confianza con que aseguró á aquellos nobles y leales habitantes, que "estaba seguro de la sincera y cordial amistad del emperador de los franceses, y que antes de cuatro ó seis dias darian gracias á Dios y á la prudencia de S. M. por la ausencia que entonces les inquietaba."

Salió pues el rey para Irun y llegó el mismo dia 19 á aquella villa, donde tambien se le presentó ocasion de evitar el peligro á favor de un batallon de tropas españolas que estaban allí alojadas; ocasion que tampoco se quiso aprovechar. Al dia siguiente, 20 de Abril, atravesó el rey el Bidasoa, y llegó á Bayona á las diez de la mañana del mismo dia. Sorprendió á Napoleon la noticia de su entrada en Francia: apenas la podia creer. Fundada era su sorpresa; fundados los temores de todos los españoles: solo la ridícula presuncion de algunos consejeros de Fernando no conoció lo que todo el mundo conocia.

Bien pronto empezaron á recibir desengaños aquellos ineptos consejeros. Nadie salió á recibir al rey á su entrada en Francia de parte del emperador: tampoco á su aproximacion á Bayona, bien que entonces ya se habia caido la venda de los ojos á los fascinados; porque en el camino encontró la comitiva á los grandes de España, duque de Medinaceli, duque de Frias, y conde de Fernan-Nuñez, enviados por Fernando anteriormente cerca de Napoleon, los cuales aseguraron haberle oido decir el dia antes, que jamas volverian á reinar en España los Borbones. Desconsolado con esta noticia entró el rey en Bayona, y solo á la puerta misma de la ciudad le recibieron el gran mariscal de palacio, Duroc, y el príncipe de Neufchatel. Se reanimó, no obstante, algun tanto su espíritu abatido, cuando una hora despues llegó el emperador á visitarle, y le abrazó á la puerta de la calle donde habia bajado Fernando á recibirle, permaneciendo un rato en su compañía; bien que nada dejase traslucir en esta corta entrevista. Creció la esperanza del rey con haber sido convidado á comer aquella tarde con Napoleon, y mucho mas, viéndose conducido con su comitiva en carruajes del mismo emperador hasta el palacio de Marrac, donde éste se alojaba, y con haber salido á recibirle hasta el estribo del coche, lo que indicaba, segun la etiqueta, tenerle por rey. Concluida la comida, en que tambien habló Napoleon con la mayor reserva, no habiendo tratado á Fernando, ni como á príncipe, ni como á rey, conversaron algun tiempo los dos, se despidieron, y Fernando se restituyó á su alojamiento. A poco rato se presentó el general Savary anunciando al rey de parte de Napoleon, que S. M. I. habia resuelto irrevocablemente que no reinase en España la casa de Borbon sino la suya, exigiendo que en favor de su dinastía renunciase Fernando VII en su nombre, y en el de toda su familia, la corona de España. Este mensaje llevó al rey el general Savary; el mismo Savary que pocos dias antes salia responsable con su cabeza de que el emperador reconoceria por rey de España y de las Indias á Fernando, luego que llegase á Bayona; y este mensaje envió Napoleon á Fernando despues de ha-

berle amistosamente agasajado. ¿Qué dictado merecen Napoleon y Savary?

Por fin, despues de algunas conferencias de D. Pedro Cevallos con el ministro frances Champagny, y de D. Juan Escoiquiz con el mismo emperador, en las cuales no pudieron conseguir que se revocase tan dura resolucion, propuso Napoleon á Fernando por medio de Escoiquiz el cambio de la corona de España por la de Etruria, reducido Estado de Italia, formado por Napoleon del gran ducado de Toscana. Escoiquiz opinaba porque el rey aceptase la propuesta; los demas fueron todos de parecer que no se admitiese. Siguieron las conferencias sin fruto alguno hasta el dia 30 en que llegaron á Bayona los reyes padres, recibidos y obsequiados desde la frontera con toda la consideracion y miramientos usados con las testas coronadas. Los visitó Napoleon el mismo dia que llegaron: al dia siguiente comieron con el emperador y con ellos el príncipe de la Paz, á quien los reyes á su llegada abrazaron repetidas veces estrechísimamente y con lágrimas.

Reunidos despues los reyes padres, Napoleon y Fernando, amenazó á éste Cárlos IV, apoyado por Napoleon, que si no le devolvia al dia siguiente la corona, le trataria como á emigrado á él y á cuantos le habian acompañado. Empezó á responder el rey; pero irritado el padre, se levantó con ira de su silla, se dirigió hácia él con vehemencia, y le hizo cargos muy severos, acusándole de haber intentado quitarle la corona y la vida. La reina, que hasta entonces habia guardado silencio, le habló tambien sumamente encolerizada, y le llenó de injurias y de ultrajes. Nada contestó Fernando, y la reunion se disolvió.

Al dia siguiente, 1.º de Mayo, remitió Fernando un papel en que accedia á la renuncia de la corona, poniendo por condicion que el rey su padre se restituyese con él á Madrid, pero sin algunas personas que se habian concitado el odio de la nacion: que allí se reuniesen las córtes, se convocasen todos los tribunales de la capital y diputados del reino, ante cuya reunion formalizaria su renuncia, dando los motivos que le inducian á hacerla; y finalmente, que si su padre no queria volver á España, gobernaria el reino en su real nombre el mismo Fernando, y no otro. Contestó Cárlos IV el dia 2, en una estensa carta, no conformándose, como era de suponer, con la propuesta de su hijo. Más estensamente todavía volvió á escribir Fernando, insistiendo en la imposibilidad de renunciar la corona por todos los que tuviesen derecho á ella, sin el consentimiento de estos, y en todo caso sin el conocimiento de la nacion reunida en unas córtes, que tuviesen libertad.

Ya antes de salir los reyes padres del Escorial para Bayona, habia hecho saber Murat á la junta de gobierno, nombrada por Fernando, que el emperador no reconocia otro rey de España mas que Cárlos IV, y avocándose con aquel monarca en el Escorial, hizo que escribiese al infante D. Antonio, presidente de la junta, asegurándole que su abdicacion habia sido forzada, y que habia protestado formalmente contra ella. Declaraba lo mismo en esta carta que decimos escribió á su hijo, y confirmaba provisionalmente el

nombramiento de la junta y de todos los empleados que habian sido nombrados desde el dia 19 de Marzo en que abdicó; y la misma declaracion remitió á Napoleon, antes de ponerse en camino. Desde Bayona nombró posteriormente á Murat su lugarteniente en España.

Despues de su salida para Bayona, y mientras en aquella ciudad pasaban las cosas que hemos referido, la junta de gobierno se hallaba en Madrid, amedrentada con la actitud siempre amenazadora de Murat, que rodeado de 25.000 hombres, y haciendo alarde de su fuerza con grande aparato en frecuentes revistas militares, mandaba realmente á la junta, como si fuera él el soberano. La junta por otra parte, ademas del miedo, que en todas ocasiones es muy mal consejero, se hallaba con encargos y resoluciones del rey, á quien consultaba algunas veces, que la ponian en grande apuro, ya por el peligro de ponerlas en ejecucion, ya por la contradiccion que en ellas á las veces se advertia. Asi era que por parte del gobierno español ningun obstáculo encontraban los planes y medidas de Napoleon y de Murat. Estaba reservado al valor y lealtad del pueblo responder al soberbio desafio de los franceses y de su caudillo. Ya el vecindario de Madrid manifestaba bien á las claras cuánto le ofendia la arrogancia de Murat y de sus soldados, con quienes trababa diarias pendencias, al paso que hacia mil burlas y desprecios á su jefe, en retorno de la altivez con que éste se conducia, presentando el aparato de la fuerza con que contaba, en frecuentes revistas militares que pasaba en el Prado.

El pueblo que comprendia muy bien la significacion de estas demostraciones, no por eso se intimidaba: le irritaban cada dia mas y mas; y llegó á tanto la exaltacion de los ánimos, que pasando Murat el dia 1.º de Mayo por la Puerta del Sol, con un grande y lucido acompañamiento, de vuelta de su revista, le dió la mucha gente que se hallaba reunida en aquel punto, una horrorosa grita con silbidos y dicterios.

Precursoras eran todas estas ocurrencias de la esplosion, que estaba ya tan próxima del Dos de Mayo, y que aceleraron las disposiciones de Murat para que se trasladasen á Bayona los individuos de la real familia que habian quedado en Madrid. El dia Dos de Mayo, dia terrible, si bien glorioso, para el heroico pueblo madrileño, dia que ocupará siempre un capítulo aparte en la historia del mundo, se agolpó mucha parte del pueblo enfrente del palacio. Se habia divulgado el dia anterior la próxima salida de los infantes; y el pueblo se confirmó en la noticia al ver á la puerta de palacio tres coches que los esperaban. Entró primero en uno de ellos la reina de Etruria con sus hijos, cuya partida presenció el pueblo con indiferencia, por considerarla ya como una princesa estranjera, y porque habia enagenado los ánimos de los habitantes de Madrid, por la correspondencia que hemos dicho seguia con Murat, y el pueblo no ignoraba. Supuso desde luego la gente que los otros dos coches estaban destinados para los infantes D. Antonio y D. Francisco, entonces todavía niño. Bramaban de coraje los madrileños; la ira y la desesperacion hervian en sus pechos. Salieron al-

gunos criados de palacio diciendo que el infante D. Francisco lloraba sin consuelo porque le llevaban. Entonces ya no se pudo contener el dolor y enojo del pueblo: siguióse primero un llanto general; y á poco rato, al presentarse un ayudante de Murat, un grito universal de furor: á duras penas pudo salvarse el ayudante, rodeado y acometido por el pueblo, que dió vado entonces sin reserva á su rencor y á su despecho. Murat, sabedor de lo que pasaba á las puertas de palacio, envió allá un batallon con dos cañones, que al llegar hizo una descarga sobre la multitud, sin que precediese ninguna intimacion. Sobrecogida y aterrada la gente allí reunida, se dispersó despavorida, y fué á llevar la noticia por todos los ángulos de Madrid, cuya poblacion se halló á poco rato levantada en masa, y armada conforme pudo contra los franceses que fueron acometidos en todas partes. Reuniéronse principalmente los paisanos en el centro de la capital, ocupando la Puerta del Sol, y las calles inmediatas, donde, lo mismo que en otros puntos, murieron ó quedaran prisioneros muchos franceses. Sus compañeros se reunieron sin tardanza, y avanzando por la carrera de San Gerónimo y por la calle de Alcalá, dispersaron á los españoles á metralla, y cargando sobre ellos impetuosamente la caballería. Sin embargo, siguió el pueblo defendiéndose aunque en dispersion: algunos esperaban con serenidad á los enemigos, y disparaban sobre ellos cuando estaban á tiro: otros se arrojaban en medio de sus filas, donde perdian la vida contentos con herir y matar á cuantos podian: muchos se apostaban en las

esquinas, y desde allí asestaban sus tiros con seguridad y acierto. Dirigióse un grupo al parque de artillería, situado en el barrio de las Maravillas, con intento de sacar los cañones. La tropa española se hallaba encerrada en los cuarteles por órden de la junta de gobierno, y bien era necesaria toda la fuerza de la disciplina militar para reprimir su ardor y su cólera. Estos mismos respetos contenian tambien á los artilleros para no acceder á los deseos del paisanaje, aunque en ello andaban vacilantes, luchando su pecho entre dos objetos obligatorios, la obediencia á los jefes, y la libertad de la patria. Sacóles de su perplejidad la noticia que empezó á correr de que los franceses habian acometido á uno de los demas cuarteles. Viendo entonces la agresion de los estranjeros contra sus compañeros de armas, cesó todo miramiento, colocaron tres piezas fuera del parque, y se prepararon para el ataque, puestos al frente los oficiales D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, nombres por siempre caros á todos los españoles. Acometieron los franceses, y al principio les hicieron algunos prisioneros los paisanos y algunos soldados de infantería que se hallaban allí; pero habiéndose presentado una columna enemiga, empezó á disparar la artillería, y quedaron muertos muchos franceses, como tambien de los nuestros por el fuego de la fusilería enemiga. Duró un buen rato la refriega, hasta que muertos ya muchos españoles, entre ellos el bizarro D. Pedro Velarde, y herido su compañero el valiente Daoiz, trataron los nuestros de capitular. Parecia que los franceses se disponian á oir las proposiciones, cuan-

do avanzan de repente, y se apoderan de los cañones, dando la muerte á algunos artilleros, entre ellos el intrépido Daoiz, á quien traspasaron con las bayonetas, aunque ya estaba herido, como hemos dicho.

Murat desde que empezó á generalizarse la sublevacion, se situó en la cuesta llamada Montaña del Príncipe Pio, inmediata á la puerta de San Vicente. La junta de gobierno comisionó á dos de sus individuos, D. Miguel José de Azanza, y D. Gonzalo Ofarril, para que fuesen á hablar á Murat; los cuales le ofrecieron sosegar al pueblo, si mandaba suspender el fuego, y les daba un general que los acompañase. Vino en ello Murat; y presentándose en los consejos con el general Harispe, se incorporaron con ellos varios consejeros, y discurriendo unos por unas calles, otros por otras, consiguieron aplacar á la multitud con sus exhortaciones, y con la promesa formal de que todo se olvidaria. Retiráronse pues los vecinos á sus casas, y los franceses ocuparon con artillería los puntos convenientes.

Tranquila ya la poblacion, empezaron á salir los habitantes á sus quehaceres, fiados en la palabra que se les habia dado. En mal hora lo hicieron, porque los franceses empezaron á prender indistintamente á cuantos encontraban, encerrando á muchos en los cuarteles y en la casa de Correos, y pasando en el acto por las armas á otros, so pretesto de que iban armados, reputando por armas una navaja, un cortaplumas, unas tijeras de uso comun; y aun fueron arcabuceados algunos que ninguna llevaban, en la

Puerta del Sol, frente y á pocos pasos de la iglesia del Buen Suceso, y junto á la contigua iglesia de la Soledad. Estableciose en la casa de Correos una comision militar francesa, que sin oir, ni aun siquiera ver á los que sentenciaba, los hacia conducir atados de dos en dos y en pelotones, al Prado y al Retiro, donde eran despiadadamente arcabuceados, disparando los soldados franceses sobre aquellos infelices reunidos, á muchos de los cuales enterraron cuando todavía respiraban. A estas sangrientas escenas ejecutadas por el dia, se siguió una noche de horror. Un pavoroso silencio reinaba en todo el recinto de esta populosa capital, en medio del cual se oia el ruido de la fusilería, y el estruendo del cañon, y los quejidos y esclamaciones de las víctimas, que inhumanamente sacrificaban los injustos y bárbaros opresores. Lloraban amargamente los madrileños en el retiro de sus casas, tan inaudita crueldad, lamentándose las familias de la triste suerte de alguno de sus individuos, de algun pariente, amigo, conocido ó bienhechor, y helada la sangre en sus venas con aquella catástrofe. Pero no se habia saciado aun la sed de sangre que abrasaba á los pérfidos estranjeros, con la derramada en aquella noche lúgubre: á la mañana siguiente arcabucearon tambien en el cercado del Príncipe Pio, á varios de los que habian arrestado la tarde anterior.

Tal fué la jornada del Dos de Mayo de 1808, célebre para siempre en las páginas de la historia. Pasma, no se concibe apenas la conducta del arrogante y sanguinario Murat y de sus satélites. Traidores y viles, se encarnizaron á mansalva contra un pueblo

leal y valiente, engañado y desarmado bajo la fe de una palabra solemne. ¡Fementidos! Empero la justicia del cielo, que no siempre deja impunes, aun en esta vida, las atrocidades de los malvados, dispuesto habia que pagasen á su tiempo con las setenas su ferocidad y alevosía los verdugos del Dos de Mayo. Quinientos mil soldados franceses fueron víctimas con el tiempo del valor y de la ira de los españoles, que insanamente se atrevieron á provocar, vengada de este modo la sangre inocente que derramaron en Madrid. El insolente Murat fué derrocado de su usurpado trono y arcabuceado como un bandido: el valor y la constancia de aquellos mismos españoles á quienes se gloriaba de haber humillado, preparó su estrepitosa caida, y algunos contribuyeron á su captura.

La pérdida de hombres en el Dos de Mayo se calcula en 1.200 á 1.500 entre españoles y franceses. La nacion honra todos los años en el mismo dia, la decision y lealtad de las víctimas madrileñas, y la villa de Madrid ha levantado á su memoria un suntuoso monumento en el mismo sitio del Prado, donde fueron sacrificadas.

Con fecha del mismo dia 2 habia dado Murat un decreto, que se fijó en las esquinas el dia 3, mandando que fuesen arcabuceados todos los españoles presos el dia 2 con las armas en la mano, y que fuesen desarmados todos los vecinos, con otras providencias aterradoras. En aquel decreto decia que la *poblacion* de Madrid se habia sublevado: debió de sonarle mal esta espresion por el efecto que podia causar en las provincias y en los paises estranjeros, y dos ó tres

dias despues quiso rectificarla, como una mala inteligencia del traductor, diciendo en la Gaceta que solo el *populacho* se habia levantado, justificando al resto del vecindario, y pretendiendo inspirar confianza con promesas y buenas palabras. Nueva perfidia, pero infructuosa: el pueblo de Madrid sabia muy bien la verdad del hecho, y lo supo despues la nacion toda, el mundo entero. Ni las mendaces ofertas de Murat hicieron mas que aumentar el deseo de la venganza que estaba abrasando el corazon de todos.

Desembarazados así los franceses, pudieron hacer que saliesen sin obstáculo para Bayona el infante D. Francisco, el mismo dia 3, y el infante D. Antonio al dia siguiente. Se recibió en aquella ciudad el dia 5 la noticia de lo ocurrido en Madrid el dia 2. Reunidos Napoleon y los reyes padres, hicieron comparecer á Fernando. Cárlos IV renovó sus anteriores quejas y acusaciones contra él, imputándole tambien el levantamiento de Madrid, y el derramamiento de sangre que habia ocasionado, llenándole de oprobios, y apellidándole pérfido y traidor. Estaba Fernando de pié, y nada respondió, confundido y aterrado como estaba. Su padre insistió en que renunciase la corona lisa y llanamente, so pena de ser tratado como un usurpador, y como conspirador contra la vida de sus padres y soberanos. Lo hizo así Fernando el dia 6 en una carta dirigida á su padre, y escrita con resentimiento, pero con dignidad. La impaciencia de Napoleon, á quien importaba poco la formalidad, aunque hubiese sido necesaria y suficiente para legitimar sus derechos á la corona de España, habia ya arran-

cado el dia 5 del débil Cárlos IV la renuncia de la corona á su favor. Renunciaron en seguida Fernando, como príncipe de Asturias, y los infantes D. Cárlos y D. Antonio, no D. Francisco, ó por su menor edad, ó porque como niño nadie paró las mientes en él.

Adolecen todas estas renuncias de tantas y tan notorias nulidades, que todo el mundo las miró desde el principio como una farsa. Ellas fueron la consumacion de un plan de iniquidad que por cierto costó bien caro á su autor, derribándole de un altísimo trono que habia levantado á costa de muchos años de batallas, desde donde dominaba en toda la Europa, y confinándole á morir en una roca en medio del océano.

Formalizadas las renuncias, internó Napoleon á toda la real familia en Francia.

Antes de partir Fernando para Valencey, adonde habia sido destinado con su hermano el infante D. Cárlos y su tio el infante D. Antonio, y aun antes de estender la segunda renuncia á favor de su padre, habia autorizado con fecha del cinco á la junta de gobierno para ejercer todas las funciones de la soberanía, determinando que empezasen las hostilidades contra los franceses desde el momento que fuese internado en Francia. Con la misma fecha escribió al consejo, diciéndole era su voluntad que se convocasen las córtes en el punto que pareciese mas espedito, y que por de pronto se ocupasen únicamente en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para la defensa del reino. La junta nada hizo, aterrada como estaba, y dominada por Murat; tampoco el consejo por la misma razon.

Designó el emperador para reinar en España á su hermano José, rey de Nápoles, cediéndole los derechos que creia haber adquirido por las renuncias de Bayona; é hizo por medio de Murat que así se lo pidiese el consejo de Castilla, si bien éste lo hizo con la declaracion, que no se publicó, de que no por eso aprobaba las renuncias de los reyes y príncipes españoles, que tenia por nulas. Convocó asimismo Napoleon para Bayona una junta de 150 españoles, notables en la nacion por su nacimiento, empleos, riqueza y saber, con el fin de sancionar lo hecho por este medio que remedaba una representacion nacional.

Murat entre tanto tomaba por su parte cuantas medidas gubernativas y militares le sugerian los recelos que le inspiraba la repugnancia y aversion con que le miraban los españoles, á él, y á sus tropas, al emperador, y á todo lo que llevaba nombre de francés. Prevenciones ineficaces: la voluntad decidida de toda una nacion es irresistible; y ya apuntaba el dia en que la nacion española iba á manifestar la suya con solemnidad, majestad y firmeza.